



El problema de la memoria como archivo orgánico en Darwin: una revaloración a partir de su última definición de hábito como tendencia espontánea



Paulo Gómez es bachiller en Filosofía y Derecho por la Universidad de Costa Rica. Actualmente forma parte del Posgrado en Filosofía en la misma universidad. Sus intereses se concentran en el tratamiento filosófico del ser viviente y la etología filosófica. Contacto: paulo.gomez@ucr.ac.cr



Resumen: Desde los *Cuadernos* hasta *La formación del manto vegetal por la acción de las lombrices* el problema de la memoria no es abordado en la obra darwiniana sino de forma marginal. El presente trabajo sostiene, partiendo de la última redefinición de hábito que realiza Darwin a partir de 1869, que este problema puede ser abordado y comprendido en los términos de un *archivo orgánico* cuyas condiciones atienden fundamentalmente a la vida, la repetición, el devenir y la normalidad, contribuyendo adicionalmente a una recalificación del ser viviente bajo esos términos.

Palabras clave: repetición, memoria, acumulación, filosofía de la ciencia, normalidad.

¿Es más asombroso que la memoria deba ser transmitida de generación en generación, que de hora en hora en el individuo?

—Charles Darwin, *Cuadernos* (1836-1844)

Introducción

Desde los *Cuadernos* hasta *La formación del manto vegetal por la acción de las lombrices* no se encuentra en Darwin una teoría explícita sobre la memoria o sobre aquello que es conservado propiamente por la acumulación. Sus abordajes al respecto son marginales y adquieren normalmente el tamiz de ser supuestos de sus teorías, ideas elementales cuyo determinimiento delataría necesidad. Este aspecto se ve amplificado por el hecho de que gran parte de la literatura sobre la obra darwiniana se ha centrado en el sistema explicativo del cambio y la variabilidad de estructuras morfológicas y conductuales a través de las generaciones (Martínez, 1984, p. 139). Esto ha limitado la atención a las formas de conservación y acumulación gradual que va dejando y reactivando aquella fuerza que no puede sino

afirmar diferencias en la naturaleza: la selección natural.

A esta tendencia acumulativa a la que Darwin se refiere sólo marginalmente y que empieza a ser legible desde las investigaciones iniciales en sus *Cuadernos* hasta sus últimos trabajos de extensión y exploración como un suelo de instintos operativos en los seres vivos, es a lo que aquí denominaré el *problema de la memoria*. No es la pretensión de este trabajo, sin embargo, indagar los pliegues y extensiones de ese problema a lo largo del *corpus* darwiniano, ni tampoco brindar una *solución* definitiva. El objetivo principal es más modesto: partiendo del hecho de que la memoria aparece en Darwin como inseparable de un campo de términos que implican siempre la repetición, el instinto y, sobre todo, el *hábito*, me interesa determinar las implicaciones que el problema de la memoria tiene para cualquier definición de lo viviente. Me centro sobre todo en lo que autores como Daniel Rochoviak (1988) periodizan como la fase de *extensión* y *exploración* de Darwin. Esta se ubica luego de la publicación de *El origen de las especies*, momento en el cual Darwin

aplica y amplía los resultados expuestos en dicho libro.

Mi foco de atención, entonces, se limitará a la última definición que elabora Darwin de su noción de hábito como tendencia espontánea. Es gracias a ella que se revelan los alcances o implicaciones del problema de la memoria en dicho periodo —el último, dicho sea de paso— y que son articulables, como se verá en el apartado final, en términos de un *archivo orgánico*. Pero antes de llegar a ese punto es necesario contestar dos preguntas: ¿qué inaugura la definición de hábito como tendencia espontánea respecto de su definición previa asociada a los caracteres adquiridos y cuál es su relación con el problema de la memoria? Los dos apartados siguientes procuran responder estos asuntos.

Hábito como tendencia espontánea

Es común que se periodice la obra darwiniana en tres momentos. El primero comprende la etapa de investigación inicial marcada por un tono eminentemente exploratorio en los *Cuadernos* y las investigaciones que realizó hasta la

publicación de *El origen de las especies* (1859). Con la publicación de este libro se inauguró el segundo momento “expositivo”, definido por la demostración del argumento sobre la selección natural como explicación principal de la variación de las especies. Finalmente, los trabajos que siguen a esa publicación marcan el tercer momento, una fase de *extensión y exploración* de lo planteado en *El origen de las especies* (Rochowiak, 1988, p. 220). La periodización que realiza Rochowiak permite dar un seguimiento de la evolución teórica del hábito.

El hábito, a pesar de ser un término recurrente en la pesquisa darwiniana, no contó con idénticas acepciones a lo largo de su obra. En la etapa de investigación inicial, el hábito se enmarcó en un esfuerzo por explicar la sedimentación gradual de *repetidos movimientos voluntarios*, una teoría bastante armónica con aquella de los caracteres adquiridos de Jean-Baptiste Lamarck y Erasmus Darwin.¹ Sin embargo, en

1859, esta perspectiva fue renegada por completo. En aquella primera edición de *El origen de las especies* una explicación basada en la acumulación de numerosas variaciones, ligeras y accidentales, es presentada sin que entre a jugar ningún tipo de referencia a acciones “habituales” (Portera y Mandrioli, 2021, p. 15).

Aquí, no obstante, me interesa la última redefinición de la noción de hábito, aquella que va de la mano de sus trabajos botánicos y de sus reflexiones acerca de insectos estériles (o neutros) fundamentalmente posteriores a 1869. Lo novedoso de esta redefinición es que asocia el hábito con una “tendencia espontánea” o una especie de “poder” que, mediante la selección gradual de variaciones ventajosas para el individuo, ha devenido universal por su utilidad (Portera y Mandrioli, 2021, p. 12). Dentro de la reflexión botánica de Darwin (2009a), el movimiento no es un criterio de distinción entre el reino animal y el vegetal (p. 117). En tesis de principio, todas las plantas tendrían el *poder* de moverse, aunque lo hagan de diversas maneras. En *Los movimientos y hábitos de las plantas trepadoras* Darwin no para de mostrar su entusiasmo e intriga por ese “poder

de trepar” que observa tan detenidamente en algunas especies vegetales. Darwin (2009a) introduce el término *circumnutación* para describir el movimiento giratorio universal que subyace a las respuestas tropísticas de los tallos y raíces a los estímulos unilaterales tanto de la luz como de la gravedad (véase Galston, 1979). Este movimiento o poder de movimiento es la expresión de lo que se define en este periodo como un *hábito*. Para entrever mejor los alcances de esta definición de hábito como tendencia espontánea, o poder, conviene, primero, contrastarla directamente con las limitaciones de la noción anterior, aquella que antecede a la teoría de la selección natural.

En la primera definición de hábito es rectora la idea de que el comportamiento, incluyendo el instinto y el pensamiento, son hereditarios. Los cambios adaptativos en los hábitos preceden los cambios en la estructura del viviente (Kohn, 2008, p. 238). El esquema era sencillo, un hábito se repite hasta devenir instinto y este hasta inscribirse en la estructura del viviente (hábito-instinto-estructura; véase Rochowiak, 1988, p. 221). El hábito es una actividad que realiza

el ser vivo para adaptarse a su medio (véase Rochowiak, 1988, p. 23), pero el hábito no posee mayor potencia que el de realizarse para ser luego repetido hasta grabarse en las estructuras biológicas.

El hábito así entendido, a pesar de ser una actividad, pertenece a una lógica pasiva al consistir en una pura sedimentación de una acción y esta acción responder a una necesidad del medio que nunca es rebasada porque hay una armonía entre hábito y medio. Esta pasividad se debe a la idea de perfección que gobierna este periodo del pensamiento darwiniano.² Autores como Ospovat (1979) han destacado el hecho de cómo en el Darwin pre-malthusiano la generación y transmutación de las especies existe para adaptarse y cambiar en un mundo cambiante. Sin embargo, esta relación con el medio es provocada por una idea de perfección que asume Darwin en su definición de Naturaleza. El ser viviente se adapta de forma *perfecta* a su

¹ La idea de que caracteres habituales adquiridos pueden ser transmitidos a través de generaciones no es una teoría exclusivamente “lamarckiana”, sino una perspectiva común en las ciencias naturales entre el siglo XVIII y XIX en Francia y Gran Bretaña (Portera y Mandrioli, 2021, p. 8.) Aunque —sirva la aclaración— Darwin sí se lo atribuye a Lamarck.

² Rochowiak (1988) también sostiene que la concepción aquí elaborada de hábito pretendía dar argumentos al problema —planteado por la teología natural inglesa— de la perfección de la coordinación entre el comportamiento y la estructura (p. 223).



medio ambiente. Esta idea persistirá incluso en 1844, no siendo sino hasta *El origen de las especies* que la ruptura con esa idea de perfección hará posible partir solo de una *adaptación relativa* (p. 220). Antes de este giro conceptual, el hábito de perfecta adaptación implicaba entonces solamente una respuesta de conservación pasiva que se activaba cuando las condiciones del medio obligasen a crear otros hábitos.

A *contrario sensu*, la ruptura de esa idea de perfección supone una imagen de la Naturaleza en la que el mundo orgánico es una escena de lucha y discordia que produce sólo criaturas *relativamente* adaptadas (Ospovat, 1979, p. 213). Esta concepción parte de la idea de imperfección, y por lo tanto, de una concepción del ser viviente como siempre inacabado, y más importante aún, con una tendencia propia a *diferir* (véase Caponi, 2011). Toda condición de equilibrio o perfección entre el medio y el viviente se percibe ahora como una condición *inalcanzable*. No importa cuán bien adaptado parezca el individuo biológico, este nunca termina de estar abierto, y por ello, de *afirmarse* en la lucha por la existencia.

La última redefinición de hábito responde a este cambio de supuesto hacia la inadecuación o imperfección de la Naturaleza. Si el hábito es una tendencia espontánea o poder que, mediante la selección gradual de variaciones ventajosas para el individuo, ha devenido universal por su utilidad, su función deja de ser la de simple reservorio de acciones pasadas devenidas instinto para volverse una especie de potencia. El hábito se manifiesta en este periodo como “una masa de conocimiento heredado con cierto *poder* de adaptar los medios a un fin” (Darwin, 2009b, p. 98; las itálicas no son del original). Tómese, por ejemplo, el caso de la hormiga obrera (Darwin hace alusión a esta a propósito de la cita anterior). Su poder de transformar medios en un fin no le viene dado por un instinto proveniente de una repetición de acciones generadas por sus progenitores pasados. Si este fuera el caso, estos debieran ser, al igual que ella, estériles. Sus funciones de operaria son herencia de aquella fuerza inconsciente que ha hecho que ciertas variaciones gradualmente acumuladas en su linaje se expresen en su propia constitución fisiológica, capacitándola para afirmarse de forma singular en la lucha

por la existencia. Como sugiere Daniel Dennett (1995), se trata de una *acumulación de diseño* literal y no de acciones repetidas. El hábito ya no es en ningún sentido un esfuerzo exclusivo de lograr una armonía con su medio, sino, al contrario, la manifestación de un poder que, en ese conflicto perenne, es parte negativa del medio de otras especies y que, por selección natural, se presenta en el individuo. Como se anticipaba con el caso de la hormiga obrera, Darwin arriba a esta concepción activa del hábito gracias a sus reflexiones acerca de lo que la literatura ha encerrado como el “caso de los obreros estériles”³. Se trata de una “especial dificultad” (Darwin, 2010, p. 492) que pone en jaque cualquier vínculo con la teoría de caracteres adquiridos. La esterilidad que presentan ciertas especies de insectos (sobre todo hormigas y abejas), no permite que estos transmitan directamente la acumulación de sus funciones singulares y acciones repetidas a su progenie. En *El origen de las especies* se lee esta ruptura:

sería un grave error suponer que la mayor parte de los instintos han sido adquiridos por costumbre en una generación y transmitidos entonces por herencia a las generaciones sucesivas. Puede demostrarse claramente que los instintos más maravillosos de que tenemos noticia, o sea, los de la abeja común y los de muchas hormigas, no pudieron haber sido adquiridos por costumbre (Darwin, 2010, p. 278).

El hábito —condición del instinto— no puede ser una cuestión de sola actividad acumulada, sino de estricta selección natural:

Todo el mundo admitirá que los instintos son tan importantes como las estructuras corporales para la prosperidad de cada especie en sus condiciones de vida actuales. Cambiando éstas es, por lo menos, posible que ligeras modificaciones del instinto puedan ser útiles a una especie, y si puede demostrarse que los instintos varían realmente, por poco que sea, entonces no sé ver dificultad alguna en que la selección natural conserve y acumule continuamente

3 Darwin llega a él por su lectura en 1843 de *Introduction to Entomology* de William Kirby y William Spence (Richards, 2004)





variaciones del instinto hasta cualquier grado que fuese provechoso. Así es, a mi parecer, como se han originado todos los instintos más complicados y maravillosos (Darwin, 2010, pp. 278-279).

Aún y cuando Darwin conserva un lugar para su primera noción de hábito como formador de instintos (hábito-instinto-estructura), su importancia aparece en este período como necesariamente “subordinada a los efectos de la selección natural” (p. 279)⁴. La misma subordinación es realizada en *El origen del hombre* (1871): las causas principales para que ciertos órganos devengan rudimentarios es una explicación materialista —y pangénica— del uso, y por lo tanto, del hábito entendido como actividad acumulable. Pero es la selección natural la que hace reducir los órganos que son eventualmente considerados como perjudiciales al ser cambiadas

sus *condiciones externas de vida* (Darwin, 1979, p. 16).

La última redefinición de hábito como tendencia espontánea o poder involucra en su definición un factor adicional al de la acumulación dada por la selección natural: la interacción frente a las *condiciones externas de vida* de cada individuo. La visión pre-malthusiana⁵ del hábito entiende que estas condiciones son las que incitan unidireccionalmente al hábito. Cambia el medio: muta el individuo. El hábito surge según un *telos* dado por sus condiciones externas de vida para mantener una correlación perfecta entre ambos. En la redefinición posterior a 1869, el hábito no sigue ningún *telos*. Es acumulación por selección natural, y esta funge a lo interno de la teoría darwiniana como causa eficiente y accidental del diseño orgánico (nunca causa final). Tal como recuerda Evaristo Álvarez (2010), en este periodo Darwin

está sólidamente apoyando su idea de un “uniformitarismo actualista” (p. 18) en donde los términos más importantes no son el individuo y su milieu, sino, más concretamente “la relación causa-efecto que los vincula” (p. 19). Esta relación es sincrónica, horizontal y de pura constitución recíproca entre el individuo y el resto de los elementos que componen sus condiciones externas de vida, como si se sostuviera una suerte de equilibrio metaestable entre todos los elementos que compiten por la existencia y los recursos que persiguen. De esta manera, la relación de las condiciones externas de vida y del hábito así entendido es aquella de la afirmación o cesión en la lucha por la existencia. Supóngase el caso de una especie cuyo sustento depende de un tipo particular de alimento. Los individuos que mejor estén dotados para obtenerlo serán seleccionados al tener más chance de sobrevivir. Incluso a lo interno de su especie, en estos individuos se *afirma* su diferencia en medio de esa lucha. En otras palabras, el hábito ya no es una actividad pasiva que deviene habitual al verse el organismo expuesto a condiciones externas alteradas, sino una tendencia espontánea que es afirmada

por la selección natural al ser la más apta para continuar disputando la lucha por la existencia.

Para usar los términos de Richard Lewontin (1983), la primera definición de hábito pertenece a una teoría *transformacional* en la que el organismo es por reacción el sujeto de las fuerzas evolutivas. La segunda definición se mueve de lleno en una teoría *variacional* en la que el organismo es tan sólo el objeto. En este último sentido, al estar en tensión recíproca con las condiciones externas, el rol del hábito es completamente activo, pues está del lado de la selección natural y, por lo tanto, de las fuerzas evolutivas (véase Richards, 2004). De hecho, es gracias a la imperfecta tensión entre las condiciones externas y la selección natural que el hábito en esta última definición es posible. En definitiva, el hábito deviene un poder o tendencia espontánea producto de una acumulación de variaciones ventajosas seleccionadas en el organismo (el objeto de las fuerzas evolutivas) que está en una *disputa* constante con las condiciones externas.⁶

4 En el libro *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, a pesar de haber sido publicado en 1872, Darwin (1984) no apela a la selección natural, sino que se conforma con sus mecanismos de transmutación y funciones del hábito anteriores, muy en armonía con sus *Cuadernos*. Una lectura integral de su obra ubicaría el libro en esta consideración de *El origen de las especies* (véase Fernández Rodríguez, 1984; Ginnobili, 2022).

5 Siguiendo a Robert Richards (1981), sabemos que no es cierto que después de que Darwin arribara a su principio de la selección natural en setiembre de 1838, este descartara la descripción de todos los mecanismos “pre-malthusianos”, sin embargo, apelamos al adjetivo pre-malthusiano sólo para facilitar la exposición.

6 Conviene subrayar que esta fricción entre el hábito y las condiciones exteriores son la condición para el principio de divergencia (véase Caponi, 2011).





El problema de la memoria

La patente ruptura que, a lo interno de la teoría darwiniana, permite notar la última redefinición de hábito guarda, sin embargo, un elemento no cuestionado: la idea de memoria o de acumulación que rige ambas explicaciones. Desde los *Cuadernos* de 1837 a 1839, y más concretamente en los “M” y “N” hasta *La formación del manto vegetal por la acción de las lombrices* la pregunta por la memoria es abordada como un asunto marginal, o mejor aún, como un supuesto implícito de las distintas teorías que ahí se sostienen.⁷ No obstante, en sus obras, la memoria aparece siempre como inseparable de un campo de términos en el que se encuentran implicadas nociones como las de hábito, instinto y repetición (Darwin 2008, 530-531, 534, 545, 568, 577, 581). Ya en sus *Cuadernos*, apuntalándose en lo que Sir. J. Sebright había denominado “hábitos heredados”, reconoce Darwin que lo único que él debe hacer es

generalizar ese postulado al terreno de los hábitos ordinarios.⁸ Este proyecto es referido por Darwin (2008) como análogo a la descripción de una “memoria instintiva” (p. 581): un suelo de instintos que se conserva de generación en generación.

Si bien después de su lectura de Malthus, y, fundamentalmente, después de la primera edición de *El origen de las especies* (1859) Darwin abandona progresivamente su modelo de caracteres adquiridos (véase Ospovat, 1979; Richards, 1981), no sucede lo mismo con el estatuto problemático y poco descrito de la memoria como “suelo de instintos” o “memoria instintiva”. Este problema es conservado en su recorrido posterior como una cuestión no resuelta y pendiente de explicación.⁹ De hecho, dada la hipótesis de la lucha por la existencia, este suelo de instintos

deviene el presupuesto para toda teoría seleccionista de la evolución: “La selección natural obra solamente mediante la conservación y acumulación de pequeñas modificaciones heredadas, provechosas todas al ser conservado” (Darwin, 2010, p. 137; véase también p. 301). De manera que, como se anticipaba al principio de este trabajo, la tendencia acumulativa que empezó a percibirse desde las investigaciones iniciales en sus *Cuadernos* hasta sus últimos trabajos de extensión y exploración como un suelo de instintos operativos en los seres vivos es lo que aquí se designa como el *problema de la memoria*.

En el apartado siguiente se evaluará este problema a la luz de la redefinición de la noción de hábito como tendencia espontánea.

Memoria y ser viviente: archivo orgánico

Hasta aquí es claro que no importa si se trata del hábito en sentido transformacional como en sentido variacional. En ambos subyace la idea problemática de una memoria instintiva. Un ferviente suelo de instintos cuyo principio es el de la acumulación y al cual Darwin

parece haber dado por supuesta su caracterización. Sin embargo, y esta es la tesis central de este trabajo, cuando se analiza este problema a través de la noción de hábito como tendencia espontánea, se torna posible la descripción del problema de la memoria en términos de *archivo orgánico*.¹⁰ A continuación se presentan las condiciones de este.

a) *Todo archivo orgánico se identifica con el flujo de la vida (en su potencia y en su variabilidad)*: la última redefinición del hábito que presentó Darwin permite colocarlo, en efecto, como un poder o tendencia espontánea que proviene de una fuerza que, a pesar de ser inconsciente, no es indiferente a la vida. Al contrario, se identifica con la vida misma. Considera que está en pleno flujo con ella. Es una acumulación siempre activa y transformadora, características que en Darwin pertenecen estrictamente a lo viviente. Esta operación de archivo que genera el hábito en este

⁷ Este es un aspecto de interés, ya que, a pesar de ser un término común en su *milieu* intelectual, contemporáneos como Samuel Butler (1878, p. 228) sí insistieron en la importancia de teorizar la memoria y en especial su relación con el hábito.

⁸ Rochowiak (1988) argumenta que esta intención de generalizar tiene que ver con asociar a la noción de hábito una función generativa del viviente, esto es, una función transformadora (pp. 222-225). En el mismo sentido, en los *Cuadernos*, las leyes de la herencia y el comportamiento son tratados como dimensiones de un mismo problema (Kohn, 2008, p. 238).

⁹ Esta continuación va de la mano de cuestiones que permanecieron constantes, i.e., el tratamiento del instinto como hereditario o el hábito como un tipo de comportamiento natural y característico (véase Rochowiak, 1988, p. 238).

¹⁰ Canguilhem (2009), sin procurar atender al problema de la memoria, sostuvo que en Darwin, las especies son sus propios “archivos orgánicos” (p. 123), si bien, este término no fue desarrollado por el autor, aquí se considera de alto valor teórico y se amplía su utilización.





periodo es subrayada por el biólogo François Jacob (1973):

Para Darwin es “poco razonable” creer que las patas del ganso han devenido apalmadas simplemente por el chapuceo con el agua; “absurdo” pensar que los reptiles han perdido sus patas por intentar gatear mejor. La capacidad de los seres vivos de modificar sus formas, propiedades y hábitos es inherente a la vida misma. Es una de las cualidades por las que los seres vivientes se distinguen de las cosas inanimadas. Está indisolublemente relacionada a la habilidad más característica de los organismos: aquella de la reproducción (pp. 167-168).

Sería un error comprender el problema de la memoria como sedimentación de un elemento que deviene invariante. La memoria instintiva es, ante todo, conservación de un poder de variabilidad que se expresa en términos de potencia immanente. Es la capacidad real de los individuos para transformar medios en fines. Por ejemplo, la planta con el *poder* de trepar o la lombriz con el *poder* de elaborar complejas madrigueras

(véase Darwin, 2009b). Acumulación no es colección, sino disposición o tendencia que, bajo una concepción de la Naturaleza como campo de existencias en lucha recíproca, es igualmente responsable de la variabilidad.¹¹

b) *Todo archivo orgánico implica la repetición*: en realidad, todo proceso vital es altamente repetitivo, pues el cambio y el crecimiento vienen a través de la repetición de procesos relativamente estables (Gruber, 2005, p. 196). Sin embargo, el término “repetición” adquiere un sentido completamente novedoso en la teoría darwiniana. La repetición es *recapitulación* (Canguilhem, 2009, p. 123). Toda recapitulación implica la introducción de un término nuevo en una estructura, por lo que se trata de una lógica que supone reconfigurar el archivo y que —por el principio anterior— nunca es estático o con tendencia a la identidad.

¹¹ Esta postura puede ser problemática si se toma en cuenta que Darwin siempre asoció el instinto con una noción de invariabilidad (Rochowiak, 1988; Darwin, 2009b, pp. 64-65). Sin embargo, es más factible que el propio Darwin no llevara a las últimas consecuencias las teorías que sostenía, no al menos en asuntos marginales e implícitos como los de la memoria.

La repetición no sólo propiciaría el devenir generador en el que está inscrito lo viviente en Darwin (véase Canguilhem, 2009, p. 123), sino que la misma producción incesante de la vida tiene lugar única y exclusivamente por la repetición (Nicotra, 2005, p. 24). El suelo de instintos que representa no puede sino *recapitular* aquello que acumula, y por lo tanto, siempre genera algo nuevo. En este sentido, la memoria en Darwin es inseparable de la noción de repetición. En eso el hábito como tendencia espontánea circunscribe bien este punto al ser el producto de una acumulación de variaciones por selección natural que enfrentan las condiciones externas. El desajuste fundamental entre los individuos y las condiciones externas genera una tensión entre estas últimas y la selección natural. El movimiento de esa tensión selección natural-condiciones externas termina por desembocar en una *recapitulación* generadora de diferencias. Es como supo destacar Gilles Deleuze (2006):

La gran novedad de Darwin quizá consistió en instaurar el pensamiento de la diferencia individual [y con ella la repetición]. El *leitmotiv* de *El origen de las especies*

es: ¡no se sabe todo lo que puede la diferencia individual! No se sabe hasta dónde puede llegar, si la acompaña la selección natural (p. 370).

c) *Todo archivo orgánico supone una apertura del organismo*: la lógica de acumulación de variaciones por selección natural es posible sólo en cuanto se da en un tiempo abierto e inserto en el devenir (véase Grosz, 1999, p. 3). Esta condición se sigue, por un lado, de la noción de hábito desarraigada de toda correlación perfecta con sus condiciones externas de vida, y, por otro lado, de la noción de hábito como expresión de un poder o impulso que la selección natural *afirma* en el organismo para que este siga disputando la lucha por la existencia. La memoria instintiva coloca paradójicamente al organismo en un constante devenir de sus formas al ser esta la composición temporal que le es propia. Lo abre al virtual cambio constante. Es una acumulación productiva y mutante.¹²

¹² Luego de que Weismann demostró la imposibilidad de transmitir en forma hereditaria algo adquirido por adaptación (mecanismo lamarckiano), la naciente genética reinterpretó la “variabilidad” de Darwin en términos de “mutabilidad” (Fagot-Largeault, 2014, pp. 282-283).





d) *Todo archivo orgánico supone una ley de aparición (norma):* aunque el organismo esté inserto en un tiempo abierto, el archivo cambia las formas bajo un orden específico, este orden se produce, por un lado, debido a la afirmación de la diferencia que presentan todos los seres vivos (variación) y, por otro, por la selección natural como criba de estas diferencias. Retomando a Canguilhem (2008):

Darwin busca la aparición de nuevas formas de vida en la conjunción de dos mecanismos: uno produce diferencias, a saber, la variación; y otro que reduce y pone a prueba las diferencias de este modo producidas, a saber, la lucha por la vida y la selección natural (p. 105).

En cuanto la última redefinición del hábito supone la acumulación de variabilidades por selección natural, es esta última la que hace de *arconte*, o bien, quien provee un orden específico a las variaciones que se dan en el organismo. Es válido asociar a esta acumulación un elemento regulador que reduce la variación, pues se trata, en el fondo y, volviendo a un término de Canguilhem (2005), de un elemento de

normalidad en el mismo mecanismo de acumulación:

Darwin introdujo en biología un criterio de normalidad fundado en la relación de lo viviente con la vida y la muerte [...] la muerte es el escultor ciego de formas vivas, de formas elaboradas sin Idea preconcebida [...] La norma es una cualidad transitiva. La normalidad de los seres vivos es aquella cualidad de la relación con el medio que permite a estos seres permitir, a su vez, a través de las variaciones individuales de sus descendientes, nuevas formas de relación con un medio nuevo, y así sucesivamente. La normalidad del ser vivo no reside en él, pasa por él, expresa, en un lugar y un momento dados la relación de la vida universal con la muerte (pp. 166-167).

Si la vida es un conjunto de anomalías (pura producción de diferencias), la selección natural permite que unas de ellas se *normalicen*. Conserva una anomalía sólo para relanzarla a un nuevo diagrama entre la vida y la muerte. La normalización que establece cuáles variabilidades son o no

acumuladas y cuáles hábitos son los más aptos para afrontar “nuevas formas de relación con un medio nuevo” es el orden específico que la memoria establece en cuanto *archivo orgánico*.

Conclusiones

La ruptura y posterior consolidación del hábito como tendencia espontánea permitió evidenciar una dislocación teórica que afecta directamente la forma de concebir cualquier tipo de acumulación y, por lo tanto, cualquier esfuerzo por caracterizar el problema de la memoria en Darwin.

A pesar de que el problema de la memoria fue abordado marginalmente en los textos darwinianos, la acumulación que supone la última redefinición de hábito como tendencia espontánea hizo posible deslindar al menos cuatro condiciones de la memoria. Estas condiciones sintetizan lo que he descrito aquí bajo los términos de un archivo orgánico para entender las relaciones entre hábito y memoria en las formas de acumulación de lo vivo. El archivo orgánico se constituye, pues, como la *dinámica* que

convoca en lo viviente las siguientes condiciones: i) su constitución como fuerza vital, ii) la necesidad de la repetición como su operador, iii) su circunscripción temporal al devenir y, finalmente, iv) su potencial normalizador o capacidad de establecer un orden específico en la generación de la vida. La descripción anterior responde a una concepción en la que el hábito del viviente es expresión de un poder con el que se afirma en la lucha por la existencia. Como se indicó *supra*, esta definición es concebible sólo en cuanto se circunscribe a una idea de Naturaleza en la que el individuo y el medio se hallan en desfase co-constitutivo. Una eventual línea de investigación que queda pendiente es el abordaje al problema de la memoria desde la primera definición de hábito y su respectiva idea de perfección en la Naturaleza. Habida cuenta de que Darwin aun considerando que la selección natural es el mecanismo principal de especiación, nunca terminó de desechar por completo los mecanismos anteriores, ello complementaría cualquier caracterización del problema de la memoria en Darwin.



Referencias

- Álvarez, E. (2010). Introducción. En: Darwin, C. *La formación del manto vegetal por la acción de las lombrices*. KRK ediciones.
- Butler, S. (1878). *Life and Habit*. Trübner & Co.
- Canguilhem, G. (2005). *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida. Nuevos estudios de historia y filosofía de las ciencias*. Amorrorrtu.
- Canguilhem, G. (2008). *Knowledge of Life*. Fordham University Press.
- Canguilhem, G. (2009). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Amorrorrtu.
- Caponi, G. (2011). *La segunda agenda darwiniana. Contribución preliminar a una historia del programa adaptacionista*. Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.
- Darwin, C. (1873). Inherited Instinct. *Nature* 13(7), 281.
- Darwin, C. (1979). *El origen del hombre, y la selección en relación al sexo*. EDAF.
- Darwin, C. (1984). *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Alianza Editorial.
- Darwin, C. (2008). *Charles Darwin's Notebooks 1836-1844*. (Eds. P.H. Barrett., P. J. Gautrey., S. Herbert., D. Kohn., S. Smith.). Cambridge University Press.
- Darwin, C. (2009a). *On the Movements and Habits of Climbing Plants*. Cambridge University Press.
- Darwin, C. (2009b). *The Formation of Vegetable Mould through the Action of Worms. With Observations on their Habits*. Cambridge University Press.
- Darwin, C. (2010). *El origen de las especies por medio de la selección natural*. Alianza Editorial.
- Deleuze, G. (2006). *Diferencia y repetición*. Amorrorrtu.
- Dennett, D. C. (1995). *Darwin's Dangerous Idea. Evolution and the Meanings of Life*. Penguin Books.
- Fagot-Largeault, A. (2014). La emergencia. En: *Filosofía de las ciencias*. Fondo de Cultura Económica.
- Fernández Rodríguez, T. (1984). Consideraciones preliminares. En: C. Darwin. *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ginnobili, S. (2022). El origen del rubor: expresión de las emociones, razas y antiesclavismo en la obra darwiniana. *Revista Culturales Científicas*, 3(1), 20-43. <https://doi.org/10.35588/cc.v3i1.5493>
- Grosz, E. (ed.). (1999). *Becomings. Explorations in Time, Memory, and Futures*, Cornell University Press.
- Gruber, H. (2005). Creativity and the Constructive Function of Repetition. En: *Creativity, Psychology and the History of Science*. Springer.
- Jacob, F. (1973). *The Logic of Life*. Pantheon Books.
- Kohn, D. (ed.). (2008). Notebook C [1838]. En: C. Darwin. *Charles Darwin's Notebooks 1836-1844*. (P.H. Barrett., P. J. Gautrey., S. Herbert., D. Kohn., S. Smith. Eds.). Cambridge University Press.
- Lewontin, R. (1983). The organism as the subject and object of evolution. *Scientia*, 118, 63-82.
- Martínez, J. (1984). Sobre el instinto. El paradigma fixista del instinto frente a la revolución darwiniana. *Diánoia* 30(30), 137-154. <https://doi.org/10.22201/iifs.18704913e.1984.30.770>
- Nicotra, J. (2005). *The Force of Habit: Rheoric, Repetition, and Identity from Darwin to Drugs*. Tesis doctoral, The Pennsylvania State University.
- Ospovat, D. (1979). Darwin after Malthus. *Journal of the History of Biology*, 12(2), 211-230.
- Portera, M., y Mandrioli, M. (2021). Who's afraid of epigenetics? Habits, instincts, and Charles Darwin's evolutionary theory. *History and Philosophy of the Life Sciences*, 43(1), 1-23. doi: 10.1007/s40656-021-00376-9.
- Richards, R. J. (1981). *Instinct and intelligence in British natural theology: Some contributions to Darwin's theory of the evolution of behavior*. *Journal of the History of Biology*, 14(2), 193-230. doi:10.1007/bf00141092
- Richards, R. J. (2004). Instincts. *Encyclopedia of Animal Cognition and Behavior*, 2, 502-506.
- Rochowiak, D. (1988). Darwin's Psychological Theorizing: Triangulating on Habit. *Studies in History and Philosophy of Science*, 19(2), 215-241. doi:10.1016/0039-3681(88)90027-1

